

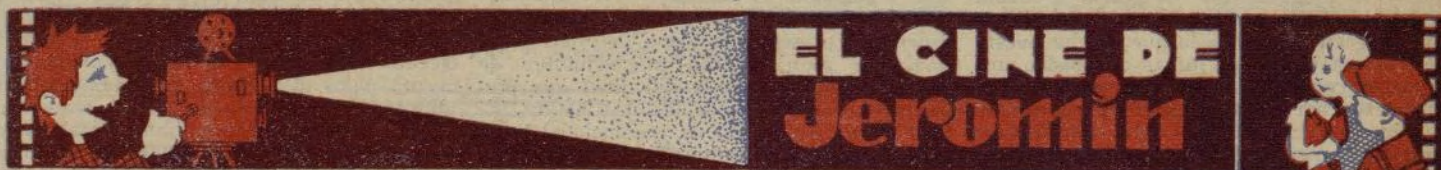


# Jeromin

AÑO II

Calderón de la Barca, núm. 4.—Teléfono 18491.—MADRID

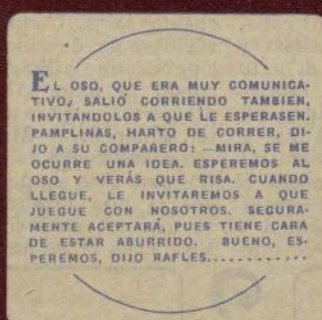
NUM. 51



La casa  
Jeromin  
presenta  
a  
**Pamplinas**  
**En la nieve**  
película hablada



PAMPLINAS TENIA UN AMIGO QUE SE LLAMABA RAFLES. A LOS DOS LES ENCANTABA EL DEPORTE DE LA NIEVE. UN DÍA, RAFLES INVITÓ A PAMPLINAS PARA UNA EXCURSION A LA SIERRA. ACEPTÓ PAMPLINAS ENCANTADO, Y SE PUSIERON EN MARCHA. APENAS SE HABIAN INTERNADO EN LA SIERRA, ¡QUE MIEDO!, LES SALIÓ AL ENCUENTRO UN OSO QUE LOS DEJÓ MAS FRIOS QUE LA NIEVE. CON GRAN DESCORTESÍA, EN VEZ DE RECIBIRLE, SALIERON CORRIENDO.



EN EL PROXIMO NÚMERO  
**LA FUERZA DE LA COSTUMBRE**  
POR  
**D. SEVERO**  
PELÍCULA HABLADA  
EXCLUSIVA JEROMIN



# El sabio Cadi

CONTINUACIÓN



ballo, que es mío, proponiéndome hacer diversas compras en este mercado, cuando vi a ese hombre echado en el suelo al borde del camino, y, al parecer, medio muerto de fatiga. Compadecíme de él, me acerqué y le pregunté qué desgracia le había acontecido. «Desgracia no, me contestó, es sólo el gran cansancio lo que me ha puesto en este estado. Si tú fueras compasivo, me llevarías contigo a la ciudad, donde tengo que despachar negocios que me son de suma importancia.» Hice lo que este hombre deseaba, pero ¡cuál fué mi asombro, cuando llegados a la Plaza del Mercado, en vez de apearse, pretendió que el caballo le per-

tenecía! Entonces le he obligado a venir ante el tribunal, para que decidais entre nosotros. Esto es lo que ha pasado: lo juro por el Profeta. El Cadi, como las dos veces anteriores, dijo después de una pausa: —Dejadme el caballo y volved ambos mañana. Así se hizo, y cuando al día siguiente se presentaron todos los interesados, había ya reunida gran muchedumbre de curiosos atraídos por la dificultad que presentaba la sentencia de los tres pleitos. El Cadi llamó primero a su presencia al hombre de letras y al campesino. —Aquí tienes tu esclava—exclamó dirigiéndose al primero. Llévatela a tu casa, porque en verdad

que es tuya. Llamó entonces al esclavo que hacía las veces de alguacil, y señalándole con el dedo al campesino, le dijo: —Dale a ese hombre cincuenta palos. Llegó entonces la vez al segundo caso. —Toma tu dinero—dijo el Cadi al jardinero—; tú lo sacaste de tu bolsa, y nunca perteneció a ese otro hombre. Y como, antes, ordenó al ejecutor de la justicia diese también cincuenta palos al aceitero. El jardinero tomó muy contento el dinero, y el mercader sufrió la tunda más que mohino. Tocaba comparecer entonces a Bu-Akas y al mendigo. —¿Acertarías tú—preguntó el juez a Bu-Akas—a reconocer tu caballo entre otros



veinte? Sin duda que sí, fué la respuesta. —Ven, pues, conmigo—dijo el Cadi—y llevó a Bu-Akas a una cuadra donde se hallaba el caballo entre otros muchos. El Jeque se llegó a él y dijo: «éste es mi caballo». —Está bien—dijo el juez—ve ahora y aguarda en el sitio del tribunal, y di a tu contrario que venga aquí, que lo espero. A poco entró en la cuadra el mendigo, que había acudido con toda la celeridad que le permitía sus miserables piernas, y como era tunante y listo, al momento reconoció el caballo entre los otros. —Muy bien—exclamó el Cadi—puedes volverte al tribunal y espera allí. Cuando todos ocupaban de nue-

vo su sitio, dijo el Cadi a Bu-Akas: —El caballo era tuyo: ve a la cuadra y llévatelo. Y dirigiéndose al ejecutor como antes, le dijo, mirando al mendigo. —Dale cincuenta palos. Cuando el Cadi, por fin, volvía después de todo esto a su casa, halló en el camino a Bu-Akas que le estaba aguardando al paso. Al verle y reconocerle le preguntó: —¿Acaso no estás satisfecho de mi sentencia? —Muy al contrario: no sólo estoy satisfecho, sino admirado, y lo estaré aun más si pudiese conocer a qué debes la alta inspiración que preside a tus sentencias: pues si en los dos primeros casos tienes la certeza de haber sido tan jus-

to como en el mío, confieso que no puedo comprender en qué te hayas podido fundar. Yo no soy, como dice mi apariencia, un comerciante; yo soy el Jeque Bu-Akas, y tanto había oído celebrar tu sabiduría y justicia que he querido juzgar de ello por mí mismo. Cogió el Cadi la mano de Bu-Akas para besarla; pero éste hizo atrá dándose: No, todavía no, por mi vida, hasta que me digas las razones que has tenido para dar la esclava al estudioso, el dinero al jardinero y a mí el caballo. —Pues es muy fácil—repuso el juez—. Ya has visto que he querido tener una noche entera la esclava, las monedas y el caballo. A me-



dia noche hice despertar a la esclava, y por señas le pedí que me trajera recado de escribir. Sin vacilar lo comprendió, buscó el tintero, me lo trajo; buscó tinta y la echó en él, y cuando acabé de escribir, se lo llevó y lo colocó en su sitio, haciéndolo todo como persona que tiene costumbre de ejercitarlo. Entonces me dije: «Si esta esclava fuese del campesino no tendría contrainda esa costumbre; pero es muy natural que así sea, si su amo es el hombre de letras. —No hay duda, es evidente—dijo Bu-Akas—; pero ¿y lo del dinero? —Lo del dinero es otra cosa. No dejarías de notar lo sangrientas y sucias que el aceitero tenía las manos. Pues bien: cuando yo volví a mi casa eché todas las monedas en un cuenco lleno de agua. Allí estuvieron toda

la noche, y esta mañana he ido a mirar con cuidado si sobrenadaban en el agua manchas oleosas. No era así, por el contrario, en el fondo del agua había como una ligera capa o sedimento de tierra vegetal. Entonces he comprendido que las monedas las había ido juntando el jardinero, pues de haber sido el mercader, con aquellas manos, no hubieran podido menos de acusar algo de aceite en el agua. —Bueno, bueno, pero ¿y mi caballo? —Eso me ha dado más que hacer, y hasta esta mañana confieso que estaba dudoso sin saber qué resolver. —Pues qué ¿no reconoció acaso el mendigo al caballo? —Sí que lo reconoció, y tan pronto y sin vacilar como tú; pero es lo cierto que cuando resolví que cada uno de vosotros dos viniese se-

paradamente a la cuadra, no era con el propósito de cerciorarme de si vosotros reconocíais el caballo, sino de ver a cuál de los dos reconocía y de qué manera, el animal. Cuando tú te acercaste enderezó las orejas, alegróse y relinchó gozoso. Cuando el otro se acercó y quiso acariciarle, se tornó, por el contrario, brusco e inquieto y hasta quiso cocear. Entonces no me quedó duda de que a tí te conocía y quería hace tiempo, y que el otro le era desconocido y antipático. Bu-Akas quedó un momento suspenso, y exclamó al cabo: —Tú eres más digno que yo de reinar y de gobernar un pueblo: el espíritu de Dios te ilumina: tu fama es merecida y justa. —X.

FIN







### EL MAYOR GOZO DEL CRISTIANO

Sin duda alguna, el mayor gozo del que tiene honda fe religiosa es recibir en su alma a Jesús Sacramentado. Cierta día, la vizcondesa de Jorbalán llegó a Vitoria, ya tarde, con precisión de reanudar el viaje a las cinco de la mañana del día siguiente, y se lamentaba de no poder comulgar. Una pobre mujer que notó su aflicción, le preguntó la causa de ello. «El no poder comulgar mañana», contestó la vizcondesa. Se retiró la mujer, y, a poco, la vizcondesa recibió un recado en que le decían: «A las cuatro de la mañana, un señor Canónigo la espera en la Catedral para darle la comunión.» Con ello recibió gran alegría la vizcondesa, y dió gracias al Señor, que atiende siempre las súplicas de los que le aman y le buscan.



### JUEGOS DE NIÑOS

#### LA GALLINA CIEGA ADIVINADORA

Se efectúa entre los jugadores un sorteo para designar al que ha de servir de gallina ciega, mas, antes de que el designado se le venden los ojos, se toman tantos objetos como jugadores quedan libres. El que hace de gallina ciega debe fijar bien en su memoria los objetos separados.

De entre los jugadores se nombra un director. La gallina ciega toma asiento en una silla, se le vendan bien los ojos y los jugadores, tomando al azar un objeto de los separados, forman en fila esperando a ser llamados por el director del juego.

Comienza el desfile de jugadores ante la gallina ciega y el director dice a ésta, preguntándole:

—Aquí te presenta un guapo mozo (o una linda moza). ¿No es verdad que lleva en la mano una cartera?

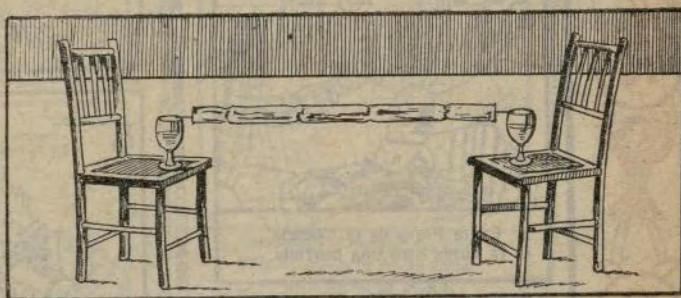
La gallina ciega debe contestar al punto:

No; lleva tal cosa, o tal otra.

Pero como el director tiene el derecho de decirle lo que realmente lleve el jugador, la gallina ciega puede contestar afirmativamente, sin nombrar, por su parte, ningún otro objeto.

Si la gallina ciega acierta el nombre del objeto, queda libre y ocupa la silla el jugador cuyo objeto ha sido adivinado.

Por el contrario, si no acierta, paga prenda.



#### RECREOS CIENTIFICOS

##### Rotura de una caña.

Romper una caña es cosa fácil, ¿verdad? Pero romperla estando la caña apoyada en dos copas de cristal, dando un golpe sobre ella, sin que se rompan las copas, ya no parece tan fácil. Pues sí lo es: más que fácil, es facilísimo, y cosa propia para lucirse en una reunión.

¿Queréis saber cómo se realiza tal prodigio? Voy a explicarlo: Cogéis una caña como de un metro, poco más o menos, de larga; en sus extremos claváis unas puntas de París, largas y delgadas; hecho esto, sostenéis la caña sobre dos copas de cristal, en la forma que indica el dibujo, y apostáis a que rompéis la caña de un solo golpe, sin que se rompan las copas. Como es de suponer, apostarán, y ganaréis lo apostado con sólo dar con un bastón, recio y sin miedo (mientras más recio, mejor), un golpe en medio de la caña. Esta salta, rota en dos pedazos, sin que las copas se muevan siquiera, y si están llenas de agua, sin que se derrame una sola gota. ¡Admirable!, ¿verdad?

### ESPAÑA MONUMENTAL



#### El Monasterio de Guadalupe.

Como hemos visto por lo ya publicado, el Monasterio de Guadalupe es un monumento de primer orden en cuanto su parte arquitectónica tan variada y tan singular. Pero no está todo el interés de tan famoso santuario en su arquitectura, lo está principalmente en el gran tesoro de joyas artísticas que contiene. El Monasterio



de Guadalupe es un verdadero museo, famoso hoy en el mundo entero. Nuestro siglo de oro acumuló en él ejemplares de belleza y valor incomparables en todas las manifestaciones del arte. En cuadros, muebles, telas, bordados, libros, miniados, orfebrería, cerámica, etc., etc., abunda como ningún otro monumento del mundo, sin excluir, en algunas de esas cosas, a las más famosas y ricas catedrales.



La primera fotografía de las que hoy publicamos reproduce un notabilísimo tríptico de autor desconocido. La segunda un detalle de uno de sus varios y famosísimos frontales bordados y adornados con perlas y piedras preciosas; la tercera, dos capillos bordados, notabilísimos, del siglo xv. En bordados, por su abundancia y perfección, puede asegurarse que Guadalupe posee la mejor colección del mundo.





### Cascarilla

Madrid, con la borriquilla, lo va viendo Cascarilla.

En la Plaza de la Cebada, la hurre hizo una burrada.

Después en la Castellana, ved lo que hizo la marrana.

En la casa de las fieras llevó un susto de primera.

Luego van a la «Parada» y ella aplaude entusiasmada.

¡CA RAMBA QUE MAL SE ME VA ESTOI!

¡ATIZA! QUE ¡AIRE HACET!

¡QUE GRACIA ME TAPADO LA LA AUTORIDAD!

¡AHORA VAS A LA COMISARIA, AUNQUE ME DIGAN QUE ME COGIDO UNA PERRA!

—ESTOS ARBOLES LOS PLANTO MI ABUELITO CUANDO TENIA QUINCE AÑOS.  
—NO ES POSIBLE. ¿COMO IBA A PLANTAR UN CHICO UNOS ARBOLES TAN GRANDES?

—MAMÁ: ME DIJISTE QUE SI ERA BUENA DURANTE UNA HORA ME DARIAS LO QUE TE PIDIESE.  
—SI, ¿Y QUE QUIERES?  
—PERMISO PARA SER MALA TRES HORAS.

EN ESTE CABALLO PODIAMOS MONTAR LOS TRES, PERO ES MUY PEQUEÑO.

### Maravillosa Historia de Jeromin

Apenas estuvo el buitre sobre el valle, rodeado de altísimos picos de cordillera pirenaica, valle que asemejaba un colosal anfiteatro, plegó sus alas y desara algo con gran interés. «Jeromin» también miedió como una exhalación; el llegar a unos sesenta hacia el suelo, encantado de la belleza de aquel o setenta metros del suelo, volvió a tender las alas y escondido paraje. ¡Jamás había visto cosa que se le pudiera comparar.

De pronto, en una pradera, cubierta de margaritas y anémonas amarillas, que se extendía junto a una peña alta y escarpada, bordeada por un arroyuelo de aguas purpúreas; describió sobre ella dos o tres círculos, y, limpias y murmurantes aguas, pareció ver a un hombre que agitaba un pañuelo blanco. ¡Qué raro! ¿Qué sería aquello?

El buitre se apercibió también de las indicadas señas, y, rápido, enfiló el vuelo en dirección de la pradera; describió sobre ella dos o tres círculos, y, majestuosamente, fué descendiendo hasta posarse en la pradera junto a la entrada de una gruta abierta en la roca.

¡Continuará!

Allí había un hombre, de baja estatura, y con barba tan larga, que le llegaba a la cintura. El buitre, después de mirarle unos momentos con fijeza, se acercó a él, confiado, y el hombre comenzó a reírse, le dijo, sonriendo: —Bien venido sea «Jeromin» digarle caricias. «Jeromin» estaba maravillado de tanta retórica de la oración y de la ciencia. —¿Me co- aguelo. ¿Quién sería aquel hombre? ¿Por qué había ido allí el buitre?

Pero aun fué mayor su admiración cuando aquel hombre, después de mirarle unos momentos con fijeza, se acercó a él, confiado, y el hombre comenzó a reírse, le dijo, sonriendo: —Bien venido sea «Jeromin» digarle caricias. «Jeromin» estaba maravillado de tanta retórica de la oración y de la ciencia. —¿Me co- aguelo. ¿Quién sería aquel hombre? ¿Por qué había ido allí el buitre?

LE VAMOS A PROLONGAR DE LA SIGUIENTE MANERA...

PODEMOS HACERLE TODO LO LARGO QUE QUERAMOS

### Repollo

Piensa Repollo en laureles porque ha leído el anuncio de un concurso de carteles.

Comienza a escape su obra porque audacia no le falta y el optimismo le sobra.

Contempla absorto el cartel y sonríe convencido, de que el premio es para él.

Y le lleva sin tapar para que la gente diga: Repollo sabe pintar.

Pero un «auto» de alquiler metió la rueda en un charco, y le puso... que hay que ver.

VINOS Y CERVE

—ME SORPRENDE VERLE A USTED ENTRAR EN LATA-BERNA  
—¡ANDA, PUES SI ME VIE SE USTED SALIR!...

—¿Y DICE USTED, DOCTOR, QUE ESTOS GRANOS SON DEL TIEMPO?  
—SI, SEÑOR; DEL TIEMPO... ¿QUE HACE QUE NO SE LAVA USTED.

¡VIVA! ¡BIEN! ¡BRAVO!





(Continuación.)

CAPITULO VIII

Donde se comienza la más estupenda aventura que jamás tuvo ningún famoso caballero en el mundo.

Provisto Sancho de buenas cosas de comer entraron por un prado colmado de verde y menuda hierba y allí comieron; más sucedióles que no tenían ni agua para beber y así, con esperanza de hallarla, comenzaron a caminar a tientas por el prado arriba.

Mas no hubieron andado doscientos pasos, cuando llegó a sus oídos un grande ruido de agua, como de que de algunos grandes y levantados riscos se despenaba. Atrégoles el ruido en gra manera; y parándose a escuchar hacia qué parte sonaba, oyeron a deshora otro estruendo, que le agüó el contento del agua, especialmente a Sancho, que naturalmente era medroso y de poco animo; digo que oyeron que daban unos golpes a compás, con un cierto crujir de hierros y cadenas, que, acompañados de turioso estruendo del agua, pusieran pavor a cualquier otro corazón que no fuera el de Don Quijote. Era la noche, como se ha dicho, obscura, y ellos acertaron a estar entre unos árboles altos, cuyas hojas, movidas del blando viento, hacían un temeroso y manso ruido; de manera que la soledad, el sitio, la obscuridad, el ruido del agua con el susurro de las hojas, todo causaba horror y espanto; y más cuando vieron que ni los golpes cesaban, ni el viento dormía, ni la mañana llegaba; añadiéndose a todo esto el ignorar el lugar donde se hallaban.

Pero Don Quijote, acompañado de su intrépido corazón, saltó sobre Rocinante, y embrazando su adarga, torció su lanzón y dijo: «Sancho amigo, has de saber que yo nací, por querer del cielo, en esta nuestra edad de hierro para resucitar en ella la de oro, o la dorada como suele llamarse. Bien notas, escudero fiel y leal, las tinieblas desta noche, su extraño silencio, el sordo y confuso estruendo destos árboles, el temeroso ruido de aquella agua, en cuya busca venimos, que parece que se despeña y derrumba desde los altos montes de la Luna, y aquel incesable golpear que nos hiere y lastima los oídos, las cuales cosas, todas juntas, y cada una por sí, son bastantes a infundir miedo, temor y espanto. Pues todo esto que yo os pinto son incentivos y despertadores de mi ánimo, que ya hace que el corazón me reviente en el pecho, con el deseo que tiene de acometer esta aventura, por más dificultosa que se muestra; así que, aprieta un poco las cinchas a Rocinante, y quédate a Dios, y espérame aquí hasta tres días no más, después de los cuales, si no volviere, puedes tú volverte a nuestra aldea; y desde allí, por hacermé merced y buena obra, irás al Toboso, donde dirás a la incomparable señora mía, Dulcinea, que su cautivo caballero murió por acometer cosas que le hiciesen digno de poder llamarse suyo.»

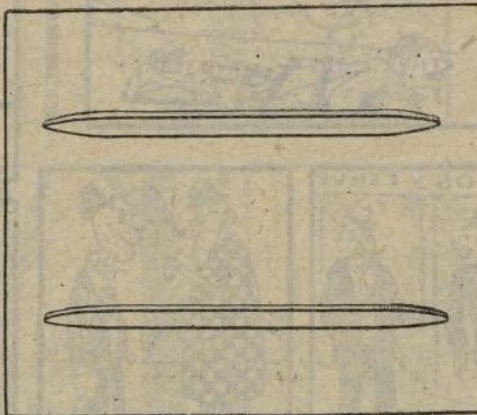
Cuando Sancho oyó las palabras de su amo, comenzó a llorar con la mayor ternura del mundo y a decirle: «Señor, yo no sé por qué quiere vuestra merced acometer esta tan temerosa aventura. Ahora es



1.º Jeromín se ha escondido para que no le vean Repollo, Cascarilla y Kiruska. ¿Dónde están éstos?

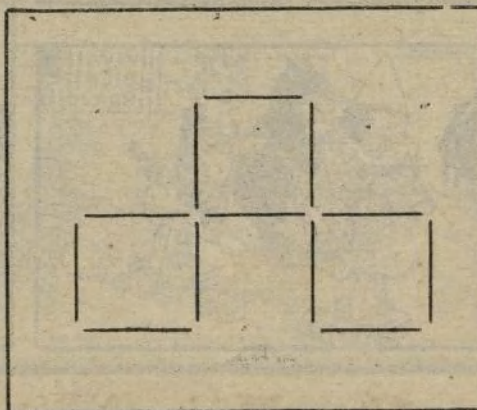


2.º ¿Sabréis descubrir lo que divierte a esos geniecillos?



Con esos dos palillos (mondadientes de madera) formar una cruz sin cruzarlos. ¿Sabréis?

(La solución en el próximo.)



(Continuará.)

SOLUCIÓN DEL ANTERIOR



NUMANCIA

Asentábase esta ciudad celebrísima, cuya fundación se atribuye a los celtas, a poco más de una legua de la moderna Soria, y en el término que comprende hoy el pueblo de Garray, en una altura de poca elevación pero de difícil acceso, porque sus alrededores eran montuosos y muy poblados de bosques; por un lado cerrábala el Duero, y por otra el Tera, y sólo por un punto tenía una llanura. Su población no era considerable, y el número de soldados que ella y sus aldeas podían mantener no pasaban de cuatro mil. Dentro de sus muros o tapias exteriores, que sólo tenían de ámbito tres mil pasos, había una especie de ciudadela, donde, en tiempo de guerra, solía recogerse la gente armada y donde guardaban los ciudadanos sus riquezas.

«Numancia—dice el historiador hispano Floro, que vivió en el siglo II—, superior en riquezas a Cartago, Capua y Corinto, es igual a todas juntas en su fama y reputación; y, si se quiere pesar en justa balanza a los hombres, es la mayor honra y timbre de España, porque careciendo de muros y de torres, colocada en un montecillo de poca elevación, junto al Duero, con sólo 4.000 soldados, sin ayuda de nadie, se sostuvo por espacio de catorce años (veinte, según el cómputo de Estrabón) contra ejércitos de 40.000 soldados. Y no sólo se sostuvo, sino que, a veces, los destruyó con carnicería y los obligó a tratados vergonzosos. Por fin, viendo que era invencible, fué preciso echar mano del mismo general que había vencido a Cartago.»

Esta epopeya, la gran guerra, como la llamó Cicerón, da asunto para escribir un grueso volumen si se registran todos los sucesos dramáticos que refieren los historiadores de la antigüedad; pero sólo podemos dar una idea, lo más clara posible e interesante, pero concisa, glosando al mencionado Floro y siguiendo al gran historiador moderno Lafuente.

El motivo de aquella guerra, la más injusta que se ha conocido, fué el haber dado asilo los numantinos a los celtíberos del partido de Viriato, vencidos por los romanos.

Roma no sólo había respetado la independencia de Numancia durante la guerra con los lusitanos, sino que firmó tratados con ella; pero Quinto Pompeyo Rufo, faltando a los pactos, exigió no solamente que expulsaran a los refugiados, sino que les entregasen las armas los numantinos. Respondieron éstos que las leyes de humanidad no sólo les impedían entregar a los que en su ciudad habían buscado asilo, sino que, por lo contrario, les obligaban a tratarlos como a socios y hermanos, y que esperaban guardaría el consil este respeto a los tratados.

«Roma no trata con sus enemigos sino después de desarmados», replicó Pompeyo, a quien, lo mismo que a todos los generales romanos, abochornaba la independencia que Numancia se había sabido conquistar.

Los numantinos, ofendidos por la altiva contestación del consil, reunieron al punto su pequeño ejército, poniendo a su frente al esforzado y circunspecto ciudadano Megara, mientras Pompeyo, con 30.000 hombres, tomaba las alturas vecinas de la ciudad.

(Continuará.)



CATALUÑA Y CASTILLA LA NUEVA

Manuel Talis  
Mañes  
Linda

Francisco Sancho  
Toledo

UN APACHE  
Por: Reyn Fernandez

Luis Bravo 8 años  
Madrid

CARA CONOCIDA

JEROMIN POR  
Angel Capas  
Abarinde

Velázquez  
Fragrant long  
12 años Madrid

RAMON LLUSA 12 años  
(Linda)

UN CABILLO  
POR EMILIO CARRERA (44 AÑOS) (MADRID)

Santiago Sanchez y  
Sanchez Amor de Taro

La Guacimela  
Por: Manuel Marín  
12 años

OLIVERO POR JOSE NAVACE  
RADA 29-4-34

DEL CONCURSO DE CASAS ANIMADAS DE «JEROMIN»



El número 81 representa un payaso, por Julián Alcorán, de Cercedilla (Madrid); el 82, los hermanos «Pelolín», por José María Nasarre, de Zaragoza; el 83, un chino, por Ernesto García, de Pueblonuevo (Córdoba); el 84, un guarda cuidando de su siembra, por Julián Flores, de Alcaudete de la Jara (Toledo); el 85, familia de paseo por María Granados, de Navalморal de la Mata (Cáceres). Y con éstos queda terminado el concurso de «Casas Animadas», pues aunque mandaron más dibujos, fué ya fuera del tiempo reglamentario. Ya calificaremos y daremos a conocer el fallo, esto es, el merecedor del premio ofrecido.

CON EL PROXIMO NUMERO

# “JEROMIN”

cumple un año de vida y, en tan corto tiempo, se ha conquistado, por su cultura y amenidad, la simpatía de los niños españoles y americanos

**VIVA JEROMIN!!!**



# Jeromin

REVISTA ILUSTRADA PARA NIÑOS  
SEMANAL CON CENSURA ECLESIASTICA  
DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN  
CALDERÓN DE LA BARCA, 4 MADRID  
PRECIOS DE SUSCRIPCIONES, UN EJEMPLAR AÑO 5,20, POR PAQUETES A RAZÓN DE 8 CÉNTIMOS EJEMPLAR A LOS CORRESPONSALES LO ACOSTUMBRA DO LOS PAGOS ADELANTADOS





# NINOS HEROICOS

POR LA SALVACION DE SU PUEBLO  
(DE PUCK)



Con el ruido y algazara propios del triunfo pasaba la Artillería alemana por la ciudad que acababan de conquistar, llevando los caballos al galope, arrastrando un cañón que habían capturado y a un artillero francés hecho prisionero; el infeliz iba herido y muy abatido por el vencimiento.

Los alemanes, una vez en el centro



de la ciudad, dejaron al prisionero atado en el avantrén del cañón y se dirigieron a un muchacho llamado Juan, que, acompañado de su madre y de un hermano más pequeño que él, contemplaba el paso de los invasores.

—Pequeño—le dijeron—, ¿dónde podríamos comer y echar un trago?

El muchacho contestó:



—Ahí cerca, a la derecha, encontrarán un café—. Apenas desaparecieron los alemanes, dejando el cañón en medio de la plaza, Juan dijo a su hermano:

—Oye, Pablo; los alemanes han dejado sin custodia el cañón y al artillero francés herido. ¿Te atreverías a ayudarme para llevar el cañón y al prisionero a las filas francesas?



Pablo, entusiasmado, aceptó tal proposición, y en un periquete, los dos valientes muchachos montaron a caballo y emprendieron un vertiginoso galope. El herido, emocionado, los animaba con patrióticos gritos. Los caballos corrían veloces por la carretera instigados por los dos hermanos, que se sentían dichosos.



Cuando la madre se dio cuenta, Juan y Pablo habían desaparecido y salido de la población, dirigiéndose, con vertiginosa carrera, al frente francés. El artillero herido, a causa de sus heridas se había desvanecido; pero, afortunadamente, los alemanes le habían atado bien al tren del cañón y no se cayó.



En tanto los alemanes se dieron cuenta de lo ocurrido, a causa del trote de los caballos y del ruido del cañón al rodar, y salieron precipitadamente del café. ¡Cuál no sería su sorpresa al notar que ni el cañón ni el prisionero estaban en la plaza! Uno y otro habían desaparecido. Enfurecidos, lanzaban votos y juramentos.



Corriendo a campo traviesa, sin dejar de hostigar a los caballos, Juan y Pablo pasaron un arroyo, y, por un camino lleno de baches, sin reparar en el peligro que corrían, llegaron a un bosque ocupado por las tropas francesas, a las que hicieron entrega del cañón y del prisionero, siendo aclamados por su valor y patriotismo.



Pocos minutos después tuvieron la gran satisfacción de ver funcionar el cañón contra los enemigos que habían invadido su pueblo.

—Yo, dijo Juan, en la huida he perdido un zapato; pero hemos rescatado un prisionero y un cañón. ¡Viva Francia!

Los soldados franceses, con la ayuda del cañón, reconquistaron la plaza.



Cuando llegaron al campamento los alemanes hechos prisioneros, un oficial de artillería, con gran emoción, habló así:

—Valientes muchachos: habéis rescatado un prisionero y un cañón, con el que hemos derrotado al enemigo; vuestra es, pues, la victoria; habéis prestado un buen servicio a la patria, y Francia sabrá recompensarlo.



•POR QUERER COMER CAÑÓN SALE CON UN COSCARRÓN•

